

PERIPECIAS DE DOS AMIGOS ALEMANES EN MENDOZA: ROBERT KRAUSE Y JOHAN MORITZ RUGENDAS

Lila Bujaldón de Esteves
Universidad Nacional de Cuyo. CONICET

La bibliografía alemana sobre literatura de viajes afirma que en la primera mitad del siglo XIX no hubo un número significativo de relatos de viaje franceses a Sudamérica y menos a la zona andina, puesto que ésta no era meta prioritaria en esos años. En cambio, existía una larga tradición inglesa y alemana de viajeros a los Andes, muchos de ellos científicos, otros -sobre todos ingleses- atraídos por posibles logros político-económicos, aumentaron en número e importancia después que la Argentina, Chile, Perú y Bolivia se independizaran de la corona española¹.

Como un precursor de este tipo de viajero científico se menciona a Thaddaeus P. C. Haenke², quien a fines del siglo XVIII había cruzado los Andes, para alcanzar en Valparaíso la expedición científica de Malaspina. Durante la travesía de Buenos Aires a Chile había comenzado la descripción geológica y la colección de plantas de la región; en una carta del 5 de junio de 1790 al profesor de Praga que lo había formado, Haenke se detiene especialmente en la visión de Mendoza enmarcada por la imponente cordillera nevada:

¹ Friedrich Wolfzettel, "Aesthetik der Anden. Europäische Reiseberichte im Zeitalter der Romantik". En: *Die Wiederentdeckung Lateinamerikas. Die Erfahrung des Subkontinents in Reiseberichten des 19. Jahrhunderts.* Ed. W. L. Bernecker y Gertrud Kröemer. Vervuert, 1993, 239-263.

² Thaddaeus Haenke. *Briefe.* Abgedruckt bei Josef Kuehnel: Thaddaeus Haenke. Leben und Wirken eines Forschers. Muenchen, 1960.

El 17 de marzo llegué a la ciudad de Mendoza, teniendo ya a la vista, frente a mí, la cadena de la Cordillera que se alza hacia el cielo y está cubierta por nieve y hielos eternos³.

Después del viaje de Alexander von Humboldt y por dos décadas no hubo nada de importancia respecto de la descripción de los Andes. Casi 30 años después otro viajero científico, Eduard Poeppig, tuvo nuevamente a los Andes en el centro de su interés y recogió observaciones geográficas y geológicas en un largo relato fechado entre 1827 y 1832⁴.

Coincidentemente Edmundo Correas, en su estudio sobre los viajeros que pasaron por Mendoza, destaca la importancia de los relatos de los ingleses y, en menor medida, de los alemanes, como fuente insustituible para el conocimiento del pasado regional⁵. Sin embargo, la enumeración cronológica y el comentario de Edmundo Correas sobre quienes dejaron un testimonio escrito en su paso por Mendoza, no dan cuenta de Robert Krause, cuyas cartas y fragmentos de diario íntimo corresponden a 1838. Por el contrario, Susana Santos Gómez registra en su exhaustiva bibliografía⁶ los textos referidos al cruce de los Andes y a la travesía a la ciudad de San Luis de R. Krause, añadiendo un par de líneas explicativas para con el autor Krause y para con el editor de la revista que publicara dichos textos⁷. Se trata de "Travesía en los Andes y estada en

³ *Im Banne der Anden. Reisen deutscher Forscher des 19. Jahrhunderts.* Hrsg. Herbert Scuria. Berlin: Verlag der Nation, 1979, p. 57. Traducción de la autora.

⁴ Eduard Poeppig: *Reise in Chile, Peru und auf dem Amazonenstrom, waehrend der Jahre 1827-1832.* 2 vol. Leipzig, 1835-1836.

⁵ Edmundo Correas. "Mendoza a través de los viajeros". En: *Revista de la Junta de Estudios Históricos*, 2ª Época, Nº 7, T. II, 1972, pp. 541-612.

⁶ Susana Santos Gómez. *Bibliografía de viajeros a la Argentina.* Buenos Aires, Fecie, 1983. T. I, p. 241.

⁷ "Travesía de los Andes y estada en Mendoza en el año 1838. Diario íntimo del paisajista alemán Roberto Krause". En: *Fénix*, Buenos Aires, III, 1923, pp. 42-62 y "De Mendoza a San Luis de la Punta. Diario del paisajista alemán Roberto Krause". Traducido directamente del original alemán. En: *Fénix*, Buenos Aires, IV, 1924, pp. 36-61.

Mendoza en el año 1938” y “De Mendoza a San Luis de la Punta”. A estos datos podemos añadir que se trata de la revista *Fénix*, editada en Buenos Aires por la Sociedad Científica Alemana entre 1921 y 1938, cuya edición paralela en alemán llevaba como título *Phoenix*⁸.

Su editor fue por aquellos años Albert Haas (1873 –1930), importante difusor de las letras alemanas en los medios universitarios porteños, quien estaba convencido de la necesidad de dar a conocer los aportes de la ciencia alemana al conocimiento de Sudamérica. De allí que habiendo recibido de manos de un descendiente, más precisamente de una nieta de Roberto Krause⁹ los manuscritos del viajero, A. Haas seleccionó, tradujo y publicó algunos de ellos, en este caso, los referidos al viaje de fines de 1837 desde Chile hasta San Luis así como también en alemán el relato del largo viaje de 1834 por barco desde Gravesend, en Inglaterra, a Valparaíso¹⁰. En la pequeña introducción a los textos que nos ocupan, A. Haas resalta la importancia histórica del contenido de las páginas de R. Krause y alaba el estilo fresco e informal del joven viajero, pero sin embargo no menciona que se trata del compañero de viaje del famoso pintor Juan Mauricio Rugendas, con quien compartiera dicha travesía de 1838.

Tampoco Susana Santos Gómez¹¹ incluyó los textos de R. Krause en la embrionaria bibliografía que adjuntó al antes mencionado trabajo de Edmundo Correas, por lo que seguramente han quedado excluidos hasta hoy de los ya numerosos testimonios de la Mendoza anterior al terremoto de 1861.

⁸ Agradezco al prof. Nicolás J. Dornheim el acceso a la revista *Phoenix*, de su propiedad.

⁹ Se trata de Angelina Charlotte Krause de Gorrisen, según informan los descendientes en la correspondencia mantendida con la autora de la nota.

¹⁰ Robert Krause. “Eine Fahrt nach Suedamerika in der ersten Haelfte des 19. Jahrhunderts. Ungedruckte Briefe und Tagebuecher”. En: *Phoenix*, X, IV, 4, 1924, 163-195.

¹¹ Susana Santos Gómez. “Viajeros que han escrito sobre Mendoza”. En: *Revista de la Junta de Estudios Históricos*, Mendoza, 2ª época, N° 7, T. II, 1972, 613-617.

Por el contrario, en la historia existente más abarcadora de la cultura alemana en la Argentina¹², Robert Krause tiene un lugar entre los viajeros que visitaron el país durante la época de Rosas y se transcriben algunas citas de su relato de viajes referidas a la descripción del grandioso paisaje cordillerano y a las hospitalarias costumbres mendocinas de la década del 1830.

Por su parte, la principal biógrafa de Juan Mauricio Rugendas, menciona el hecho de haber tenido en sus manos en Buenos Aires, por la gentileza de Ricardo W. Staudt, una copia de la carta donde Roberto Krause relata el accidente que sufriera J. M. Rugendas durante el viaje a San Luis, que se corresponde con uno de los textos traducidos por A. Haas para *Fénix*. Gertrud Richert¹³ advierte que desconoce si dicho material ha sido publicado, hecho que coincide con el desconocimiento de Edmundo Correas al respecto. Lo que sí aporta E. Correas en su estudio de 1972 es el comentario del desmembramiento de la colección de viajeros de "Guillermo" Staudt, que debemos inferir es quien aportara décadas antes a G. Richert la valiosa carta de Roberto Krause sobre el accidente acaecido al pintor bávaro al preparar ésta su biografía. Lamentablemente no hemos hallado aún el legado literario de R. Krause ni en Alemania, ni en Buenos Aires para acceder a sus originales y a otros textos y cartas que se ocupen de otros momentos de su estadía en Argentina, Chile y Perú. Tampoco se ha localizado todavía en los museos alemanes la colección de dibujos, grabados o cuadros que tienen como tema paisajes sudamericanos y especialmente la cordillera de los Andes y el paisaje desértico que nos une a San Luis. Solamente entre los numerosos dibujos de Juan Mauricio Rugendas que guarda el museo "Staatliche Graphische Sammlung" de Munich se consigna un óleo dedicado al Puente del Inca firmado por R. Krause el 5 de enero de

¹² W. Luetge, W. Hoffmann y K. W. Koerner. *Geschichte des Deutschtums in Argentinien*. Buenos Aires, Deutscher Klub, 1955, pp. 162-163.

¹³ Gertrud Richert. *Johann Moritz Rugendas. Ein deutscher Maler des XIX. Jahrhunderts*. Berlin, Rembrandt Verlag, 1959. 239 p.

1838¹⁴. Probablemente los dibujos de R. Krause sobre su viaje a Cuyo se encuentren en colecciones privadas o en manos de sus descendientes. En otros casos, como sus acuarelas sobre Italia, están expuestas en un museo de Berlín¹⁵.

Krause y Rugendas

La amistad entre ambos pintores es el lazo que anudó ambas vidas y que ha motivado quizás este pequeño redescubrimiento de Roberto Krause¹⁶ (1813-1885), ya que los textos del joven pintor crecen bajo la sombra del nombre de Juan Mauricio Rugendas (1802-1858).

Cuando J. M. Rugendas conoció a R. Krause en Chile, era ya un conocido artista que había empezado más de una década atrás su trayectoria de pintor-viajero en Brasil; luego, bajo la protección y estímulo de Alexander von Humboldt había publicado una pequeña parte de los dibujos allí logrados sobre flora, fauna, ciudades, costumbres, esclavos e indios amazónicos. La misma aventura pictórica lo había llevado a México en 1831, país y cultura que quedaron eternizados en miles de hojas que logró traer consigo a Chile en 1834, expulsado del país azteca por esconder a un amigo del gobierno que lo perseguía. Allí conoció al joven Krause, también decidido a ser pintor y a realizar la hazaña del cruce de la cordillera para llegar hasta Buenos Aires. Ninguno convenció al otro, ya que ambos deseaban realizar la aventura desde su llegada a Valparaíso, acaecida coincidentemente en 1834, uno proveniente del norte del Pacífico, el otro, a través del canal de Magallanes. El más joven acariciaba la idea desde hacía ya un tiempo, sin sombra de malos presagios:

¹⁴ Se trata del catálogo de la exposición: *Johann Moritz Rugendas 1802-1858. Reisestudien aus Suedamerika*. Muenchen, Prestel, 1960, p. 23.

¹⁵ Información del Gabinete de Grabados, perteneciente a los Museos Estatales de Berlín en nota del 8 de marzo de 2001.

¹⁶ Los datos biográficos conocidos de R. Krause están recogidos en el diccionario de artistas plásticos editado por U. Thieme y Felix Becker *Allgemeines Lexikon der Bildenden Kuenstler*. Leipzig, E. A. Seemann, 1927.

Mi deseo de hacer alguna vez una excursión a los Andes -escribe Krause al tío y protector en diciembre de 1835- es indescritiblemente grande; horas enteras vagabundeo con el telescopio de una cima nevada a la otra, sobre barrancos y abismos, en los cuales nunca un pie humano se ha animado; es una sensación excitante, con la ayuda de una buena lente, descubrir innumerables picos, grietas, terraplenes nevados, precipicios y masas amontonadas de nieve, que en Suiza o en el Tirolo tendrían sus propios nombres, pero que aquí, donde la población es tan pequeña, y en lo posible se asienta en el llano, donde es desconocido el espíritu aventurero y poético de nuestros montañeses, aquí todos esos gigantes pasan inadvertidos y están sin bautizar; solamente tienen nombre los absolutamente descollantes, y todos los nombres son de origen indígena, como el Tucungato (*sic*) (quizás el más alto de toda América, pues tiene, según las últimas mediciones, 23000 pies sobre el nivel del mar), Catemu, Quilimari, etc. Que ninguno de ellos ha sido escalado queda fuera de toda duda, ya que incluso el Campana de Quillota -de sólo unos 5000 ó 6000 pies- que yo escalé, no había sido nunca pisado por un natural del país¹⁷.

Por su parte Rugendas, a poco de llegar a Chile, escribe a su hermano Louis los planes que tiene de pasar unos pocos meses en el sur con los "salvajes" araucanos y luego cruzar a la Argentina a través de la imponente cordillera¹⁸. Pero en su correspondencia deja traslucir la aprensión que le causan estas excursiones, que expresa con un reiterado: "si je me casse le cou..."¹⁹.

Rugendas era incapaz de transmitir sus experiencias de viaje ante un público especialmente convocado para ello y de describir con palabras sus múltiples experiencias, según lo destacan los biógrafos. Gertrud Richert lo hace de una manera eufemística, constata que "Rugendas nunca fue feliz con la pluma" y otro biógrafo, Tomás Lagos, considera

¹⁷ *Op. cit.* nota 8, 187-188. Traducción de la autora de la nota.

¹⁸ G. Richert, p. 39.

¹⁹ Gertrud Richert. "La correspondencia del pintor alemán J. M. Rugendas". En: *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, año XXI, 1954, N° 50, pp. 149-173.

que los cuadernos que acompañan a Rugendas noche a noche en las diferentes veladas contienen dibujos que son verdaderas confidencias autobiográficas, una especie de diario íntimo en imágenes²⁰. Entre estos esbozos T. Lagos menciona por ejemplo el que representa su caída del caballo cerca de San Luis. Para redactar la introducción de su *Voyage Pittoresque au Brésil* (1826), Rugendas se lo había requerido a su amigo Victor Aimé Huber, así como otro de sus amigos, Maximilian Radiquet, será quien escribirá más adelante su biografía (1865).

En cambio Roberto Krause acostumbraba llevar un diario de viaje que luego organizaba y seleccionaba para enviarlo a manera de cartas a sus lejanos familiares y así poder ir transmitiéndoles cuantas novedosas experiencias le acontecieran. En las cartas publicadas con el título de "Un viaje a Sudamérica en el siglo XIX"²¹ donde da cuenta de la travesía de cuatro meses entre Inglaterra y Chile logra superar la monotonía de la vida rutinaria del barco al obtener descripciones de gran colorido, momentos de tensión y distensión, así como es capaz de ir equilibrando la expresión de su nostalgia por la lejana tierra natal y el gusto juvenil por la aventura que comienza. También obtenemos del relato de la travesía marítima una serie de datos sobre su autor: la edad exacta en 1834, ya que cumple en el barco los 21 años; el lugar donde reside su familia: Weisstropp cerca de Dresden; la meta del viaje: un trabajo en una casa comercial alemana; sus habilidades: el gusto por la pintura, la pluma y la cacería; su procedencia: un ambiente de cultura con una cuidada educación que incluye el aprendizaje de lenguas como el inglés.

Los dos alemanes, uno de más edad y fama, el otro más joven, dispuesto a abandonar su carrera comercial por la pintura, se encuentran y planean concretar juntos el ansiado viaje a través de los Andes. El círculo de amigos que rodea a Rugendas en Santiago, Valparaíso o Talca, siempre es interesante y cálido. Un buen núcleo de ellos está formado por argentinos que viven exiliados por el gobierno de Rosas: Domingo de Oro, Gregorio Las Heras, Juan Espinosa, Juan Gualberto Godoy entre los

²⁰ Tomás Lagos. *Rugendas. Pintor romántico de Chile*. Santiago, Sudamericana, 2000, p. 157.

²¹ Cf. nota 8.

más íntimos. Ellos seguramente entusiasman aún más al pintor con el relato nostálgico de las bondades de su patria vedada, a la vez que acrecientan en los extranjeros el repudio por la tiranía rosista. Cuando Rugendas y Krause parten para Mendoza llevan no sólo cartas, sino también la llave de la casa a ocupar de doña María de la Luz Sosa de Godoy²², vacía por el exilio de su dueño, el ex gobernador Tomás Godoy Cruz.

Un lugar importante en las descripciones de Mendoza y San Luis estará destinado en los relatos de Krause a mostrar la brutalidad, la violencia, la opresión que ejercen los federales sobre los unitarios, a lo que el alemán añade el carácter histriónico de su apariencia. Krause resumirá la situación política de 1838 de la siguiente manera:

El país entero gime bajo la férula militar del presidente, general Rosas, que se ha arrogado la posición de autócrata ilimitado y que se ha afirmado tanto por su régimen del terror que nadie se atreve a levantar la mano en contra de él²³.

Rugendas pinta y Krause describe el cruce la Cordillera

El relato pormenorizado y estéticamente logrado que Roberto Krause realiza del cruce de la Cordillera desde Chile por Uspallata a manera de un diario íntimo desde el 27 de diciembre de 1837 al 9 de enero de 1838 merece ser incorporado al corpus de textos de viajeros que realizaron la misma hazaña en el siglo XIX. Consecuentemente debería ser analizado y valorado separadamente en su singularidad y en relación con el resto de textos similares, tanto por su valor histórico-geográfico, como por su riqueza comparatista²⁴.

²² Vicente O. Cutolo. *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino. 1750-1930*. Buenos Aires, Elche, 1971, T. III, pp. 324-327.

²³ *Op. cit.* nota 7, p. 58.

²⁴ Véase al respecto de Elena Duplancic de Elgueta: "Across the Andes through the Uspallata Pass. In the View of some 19th Century Travelers". En: *Proceedings of the XII Congress of the International Comparative Association*. Munich, Iudicium, 1990, pp.

Sin embargo mencionaremos algunos elementos que caracterizan el viaje de ambos amigos y que ayudan a introducir las páginas dedicadas a Mendoza y San Luis. El recorrido andino está permanentemente interrumpido por las paradas que Rugendas y Krause dedican a dibujar los paisajes cordilleranos, de manera tal que cuando Krause escribe en sus anotaciones diarias comentarios y descripciones, éstas llevan el sello de la mirada del pintor guiado por la búsqueda de la luz, la forma, la perspectiva y el color. Al entrar en el cañón del Río Aconcagua acota por ejemplo: “Nuestra pintoresca caravana subía penosamente por los senderos estrechos y daba vida y carácter al paisaje”²⁵. A medida que ascienden, la grandiosidad de la naturaleza que los rodea los llama a la mudez, el viento les arranca las hojas, impidiéndoles describirla visualmente, hecho que se seguirá repitiendo en las zonas de mayor altura. Otras veces se separan de la caravana, y a una altura de más de 3000 m. Krause distingue “el caballo de Rugendas y a él mismo, sentado en una roca, que estaba dibujando”²⁶. Otras veces Krause nos da pistas para entender la forma de lograr tantos dibujos de la alta montaña. Cuando el clima o el ritmo del viaje se los impide, elaboran solamente esbozos que más tarde podrán completar, hecho que está facilitado por las grandes superficies cubiertas de nieve. A veces la inclemencia del viento es tal que trabajan “quedándonos de pie y bajo la protección de las mulas y los ponchos”. El cerro Tolosa los detiene un día entero “pintando y copiando la naturaleza”, hecho que genera la sorda oposición del arriero frente a la pérdida de tiempo ocasionada por las reiteradas paradas. Un medio día se lo dedican a pintar el Puente del Inca, dibujos luego transformados en óleos, expuestos más de un siglo después, en Buenos Aires en 1966²⁷.

378-383.

²⁵ *Op.cit.* nota 7, p. 44.

²⁶ *Op.cit.* nota 7, p. 45.

²⁷ *Mauricio Rugendas. La Argentina y el Río de la Plata.* Exposición de sus obras. Ed. Bonifacio del Carril y Aníbal Aguirre Saravia. Museo Nacional de Bellas Artes, 1966, óleos consignados con el número 15713 y 15773.

El entusiasmo por pintar esa "obra de arte" es tal que ni siquiera se acuerdan de comer. Igual sorpresa les depara al día siguiente la vista que desde 2000 m se les ofrece de la llanura extendida interminablemente hacia el este, plasmada luego en los numerosos dibujos de Rugendas, registrados por un reciente catálogo de sus obras²⁸.

Existe la posibilidad de ir siguiendo paso a paso la descripción del cruce de la Cordillera que siguieron Krause y Rugendas, como tantos otros viajeros en la primera mitad del siglo XIX, poniendo en relación el detallado texto de Krause con más de 70 ilustraciones de un artista como Rugendas, famoso a la vez como paisajista y por la fidelidad en la reproducción de los tipos humanos, de la flora y fauna locales²⁹. Los trabajos históricos ya existentes sobre las comunicaciones y las rutas cordilleras desde la época colonial se verían seguramente enriquecidos por ello.

Enero en Mendoza

"Hemos pasado, desde el 8 de enero al 10 de febrero, un mes tan agradable como no lo he tenido hace mucho tiempo"³⁰, afirma Krause en su diario, haciendo un balance de su estadía en la provincia.

Los viajeros llegan desde Villavicencio a Mendoza y la grandiosidad del espectáculo andino que han tenido oportunidad de experimentar les impide asociarse a otros viajeros, que viniendo por el desierto desde Buenos Aires, divisan las lejanas alamedas e identifican la ciudad cuyana con otra tierra prometida.

²⁸ Pablo Diener. *Rugendas 1802-1858*. Augsburg, Wissner, 1997. 387 p.

²⁹ L. Álvarez Urquieta ofrece el detalle de todas las obras de Rugendas que éste pintó durante los años de su estancia en Chile, entre los que incluye los elaborados durante el viaje hasta San Luis. Consigna además el número de inventario con que puede encontrárselos en el museo de Munich que los alberga. Cf. L. Álvarez Urquieta: "El pintor Juan Mauricio Rugendas". En: *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, año VII, N° 12, 1940, pp. 5-36.

³⁰ *Op.cit.* nota 7, p. 59.

La descripción de Krause abarca los alrededores, luego la ciudad y por último su tipo humano característico: el gaucho. El verdor que la rodea en verano, hecho de alfalfa, álamos, sauces y frutales, no la hace diferente de una población europea a los ojos de Krause. Pero no es éste el caso de la cuadrícula en que está distribuida la ciudad, que el alemán ha visto repetirse en toda Sudamérica. Para referirse al gaucho, Krause usa de su experiencia en Chile y basa su observación en la comparación con el "guasó", deteniéndose sobre todo en los diferentes aperos para el caballo. Estas marcadas diferencias le merecen el siguiente juicio:

Y es de admirarse cómo los descendientes de la misma estirpe, a una distancia de tan pocas jornadas y sólo separados por una montaña, pueden ser tan diferentes en su lenguaje, indumentaria, costumbres y carácter nacional³¹.

La larga permanencia previa de ambos pintores en Chile generará en ocasiones que sean vistos por los cuyanos como chilenos por su indumentaria, con el sombrero puntiagudo y el poncho blanco, y por sus costumbres, como la excesiva sal que piden en las postas.

A partir del detalle de la indumentaria surge el tema de la tiranía de Rosas unido a la "manía escarlata", como Krause la designa, cuya obligatoriedad alcanza también a los extranjeros. San Luis parece estar a la cabeza de estas ordenanzas coercitivas, hecho que se confirma en los documentos históricos³². No sólo las convicciones democráticas similares a las de Rugendas, sino también la amistad con los exiliados argentinos en Chile han condicionado y adelantado el repudio del joven viajero alemán frente al gobierno federal. Su calidad de pintor lo hace especialmente sensible al simbolismo político del color y por ello insiste en recordar que celeste y verde son los colores unitarios, condenados a la hoguera o a ser arrancados del cuerpo de las mujeres que se han atrevido a llevarlos. Krause concluye afirmando que el irracionalismo rayano en

³¹ *Op.cit.* nota 7, p. 56.

³² Cf. Antonio Zinny. *Historia de los gobernadores de las provincias argentinas*. Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1921, T. III.

lo jocoso y la absoluta sumisión aterrorizada están instalados en todo el país.

Frente a esta imagen negativa de la situación política reinante, surgida sobre todo a partir de los relatos escuchados en Chile, presenta Krause una absolutamente positiva de la sociedad mendocina. En primer lugar gozan de la hospitalidad, brindada en una casa que les han prestado. Reciben diariamente excelente comida enviada por los diferentes vecinos "en cantidades tan grandes que toda una compañía de granaderos, fácilmente, habría podido vivir de esos alimentos". Tienen acceso a diferentes familias, donde son tratados como viejos amigos. Se los invita a excursiones en el campo, donde se come como en "los tiempos de los antiguos griegos y romanos" a la vez que se canta e improvisa al compás de las guitarras. La música que Krause ha traído de Lima le sirve de atracción para enseñar a cantar a "las bellezas de Mendoza".

Respecto de la mujer, el joven Krause se preocupa por observar la educación y el comportamiento de las jóvenes, los cuales juzga menos complicados y más espontáneos que los vigentes en Alemania. La hipocresía y el doblez son las lacras que están en el reverso europeo de este juicio.

El caluroso día de verano comienza de madrugada para los pintores dedicados a completar la infinidad de dibujos y esbozos que han traído consigo para que el olvido no borre las imágenes conservadas en la memoria. "Nos levantábamos siempre entre las 5 y las 6 de la mañana y nos íbamos a nuestro estudio muy espacioso de pintores donde cada uno se colocaba frente a su caballete", escribe Krause. Más tarde comienza el desfile de bandejas de exquisiteces con que los conocidos los obsequian. "Ordinariamente seguíamos pintando todo el día porque el calor aquí no permite salir de casa antes de la puesta del sol", continúa Krause. Luego viene el paseo obligado por la Alameda, donde se toman helados buenos y baratos, donde se anudan las amistades y se proyectan las futuras diversiones.

Los peligros del desierto

El 10 de febrero de 1838 los viajeros reinician el itinerario que se habían fijado hacia Buenos Aires. Otra vez el calor intenso y la monotonía del paisaje determinan la forma del viaje: cabalgar durante la noche para aprovechar las horas más frescas. Las nubes de langostas y su obra devastadora sobre la naturaleza preanuncian los peligros de la travesía. Las violentas tormentas de verano ocultan la luz de la luna, indispensable para la orientación nocturna. En la segunda noche de viaje se produce el accidente que casi acaba con la vida de Rugendas. Varias horas después su amigo Krause lo encuentra muy malherido a causa de una caída del caballo. Por el relato del mismo Rugendas, Krause pudo saber cómo había ocurrido:

El caballo se había asustado ante el cadáver de una mula, dando un violento respingo y encabritándose. Se rompieron las cinchas, de modo que Rugendas necesariamente tuvo que caer con la montura. Posiblemente, el caballo había tropezado también con una de las muchas raíces que precisamente en aquel sitio cubrían y cruzaban el camino, cayendo con el jinete³³.

A unas cuatro leguas, unos doce kilómetros, se encuentra el río Desaguadero, donde hay que buscar agua para dar los primeros auxilios al herido. A partir de estos momentos Krause cuenta las diferentes tareas y movimientos que cumple para ayudar a su amigo. Desde armar una enramada para protegerlo del sol, buscar agua y auxilio durante horas a pleno sol del desierto, hasta organizar su traslado del lugar del accidente y cuidarlo en forma permanente hasta que llegue la ayuda de San Luis. Todo este tiene lugar junto al río Desaguadero que se transforma en el protagonista del episodio. Krause describe un río que hoy no existe, de barrancas escarpadas y formadas por capas de arcilla de colores, cuyas aguas profundas y mansas se deslizan bajo un cielo azul intenso, en una llanura de un blanco deslumbrador. Al cruzarlo hacia San Luis puntualiza el viajero la forma en que se realizaba en aquellos años:

³³ *Op. cit.* nota 7, p. 44.

Atravesamos el río con ayuda de una especie de balsa, movida por dos cuerdas que corrían a través de aros fijados en ambas orillas, mientras que los caballos cruzaban el río a nado. En la otra margen aguardaba una caravana de ocho o diez carretas nuestro paso, para atravesar a su vez el río... El procedimiento empleado por las carretas para cruzar el río resultaba el más sencillo que cabe imaginar. Las mercaderías fueron descargadas y transbordadas a la pequeña balsa, mientras que los bueyes, con las carretas vacías, se precipitaron al río, cruzándolo a nado. Fue la primera vez que vi nadar a animales bovinos y la habilidad con que lo hicieron me causó una verdadera sorpresa. Incluyendo los numerosos bueyes de relevo y los caballos y las mulas de los arrieros, la tropa de animales que cruzó en esa forma el Desaguadero pudo tener alrededor de 150 cabezas; y el aspecto de tantas cabezas que, resoplando y bufando, parecían deslizarse por la superficie del agua, juntamente con las carretas sumergidas hasta la mitad de su altura, ofrecían un cuadro tan extraño que durante un buen rato nos detuvimos en la orilla contemplando la escena³⁴.

También aporta Krause una descripción antológica de las carretas, trasponiendo en palabras los maravillosos testimonios pictóricos de Rugendas sobre este antiguo medio de transporte:

Ellas sirven, como queda dicho, para el transporte de las mercaderías de origen europeo, de toda especie, que se envían desde Buenos Aires al interior, hasta Mendoza, de modo que bien merecen el nombre de "naves de la Pampa". Sus dimensiones son formidables, y su capacidad de carga es tan grande, que se necesitan por lo menos seis, y muchas veces ocho y diez bueyes, para ponerlas en movimiento, aunque el país parece llano como una mesa y los caminos, en general, son buenos. Las dos ruedas sobre las cuales descansa el enorme aparato, tienen generalmente un diámetro de diez pies. Para que el boyero, que se halla cómodamente instalado en la parte delantera de la carreta, pueda gobernar las tres yuntas de bueyes, se ha adoptado una disposición muy

³⁴ *Op.cit.*, p. 55.

original, que, indiscutiblemente, hace honor a la agudeza del ingenio de los gauchos. Del techo de la carreta se halla suspendido, de una lonja, directamente sobre la cabeza del conductor, una larga garrocha que termina en una punta de acero, y cuyo extremo más largo, de unos 40 pies, se extiende encima de los bueyes, mientras que el extremo más corto, sostenido por la mano del boyero, sirve para dar a la garrocha la dirección requerida. La punta del acero llega exactamente hasta la primera yunta de bueyes, de modo que el conductor puede aplicarles pinchazos muy sensibles en cualquier parte del cuerpo. Para la segunda yunta se ha aplicado a la garrocha, en un ángulo recto, otra pértiga más corta, también provista de una punta de acero, bastando una presión con la mano del boyero, para establecer un contacto muy impresionante entre la punta de acero y la piel de los bueyes. La tercera yunta, finalmente, la gobierna el conductor con ayuda de un caño (*sic*) de tacuara que maneja con la mano izquierda.

Estas carretas sirven lo mismo para el transporte de mercaderías, como para el de viajeros, razón por la cual están dotadas de los necesarios útiles de cocina, un enorme depósito de agua, fusiles y otros armamentos, éstos últimos para poder repeler un posible ataque de los indios. Con el fin de dar más fuerza a la resistencia y defensa, suele reunirse en una caravana el mayor número posible de carretas, las que para la noche establecen su campamento en forma circular, tocando carreta con carreta, y formando así una especie de fortificación contra la primera arremetida del enemigo bien montado³⁵.

Junto a los peligros de la estación estival en el desierto: temperaturas insoportables y tormentas violentísimas a que se ven sometidos estos viajeros, Krause puntualiza también la rapacidad de los lugareños que se aprovechan de la desgracia del herido para exigir precios exorbitantes por el traslado del mismo hasta las riberas del río, esto es, el peligro humano, además del ambiental.

Como es propio de los relatos de viaje hasta el Romanticismo, el paisaje está unido a la gente que lo habita. La descripción "científica" deja lugar a la percepción estética y la participación emocional. De allí que Krause dedique también su atención al gaucho en repetidas ocasiones. Lo

³⁵ *Op.cit.* nota 7, p. 54.

presenta como un “centauro” por su extrema habilidad como jinete. Pero considera que pierde su encanto al bajarse del caballo. Lo califica, además, de independiente, insolente, ingenioso, irónico, ingenuo ante las novedades de los europeos e insensible ante la muerte. La posibilidad de aculturación para un extranjero reside en adquirir las habilidades del gaucho: dominio del caballo, manejo del lazo y de las boleadoras y resistencia a todas las fatigas.

El carnaval de San Luis

Los viajeros llegan a San Luis -presumiblemente el 19 o 20 de febrero- después de dos días continuados de viaje. Allí vuelven a recibir la hospitalidad, esta vez por parte del jefe de policía de la ciudad, quien los aloja en su casa. Las privaciones sufridas junto al Desaguadero realzan la abundancia del banquete de bienvenida, cerrado por las frutas de San Luis, “famosa por sus higos y duraznos”. Rugendas recibe la atención médica que era propia de la época para los accidentados y Krause tiene que visitar al gobernador, también nombrado por él como “tirano de San Luis”, quien en la entrevista ostenta su filiación política a través del color de su chaleco. La aversión del narrador por el rosismo reaparece claramente en la descripción del atuendo de las hijas del gobernador allí presentes: “entre su cabellera negra ardía el lazo rojo con la divisa sangrienta: ¡Vivan los federales, mueran los unitarios!”. Al terminar la visita, Krause se ve empapado sorpresivamente por las anfitrionas y descubre que se trata de los últimos día de Carnaval. El joven alemán describe la revancha -que se prepara para la noche con ayuda de jóvenes lugareños- como una verdadera batalla, lo que presta gran comicidad a la anécdota. El final nocturno de la “chaya” revierte la imagen amenazante y peligrosa del gobernador, que responde con risas a la intromisión intempestiva del joven en su casa persiguiendo a las hijas.

A la estadía en San Luis, Krause le otorga un ambiente bélico y castrense, pero luego lo desvirtúa con sus propias experiencias. Nuevamente aparece con fuerza la presencia femenina, a la que se describe intervinendo activamente en las diversiones y burlas que mantiene con los jóvenes. Evidentemente, el Carnaval es una fiesta propicia para que se borren los límites, las diferencias y aún las nacionalidades.

Krause puntualiza varias veces la resonancia que hasta los más pequeños acontecimientos tienen entre los habitantes de San Luis, situación que no ha mencionado en Mendoza, y que habla en primer término del exiguo tamaño “de la pequeña ciudad”.

Epílogo de una aventura inconclusa

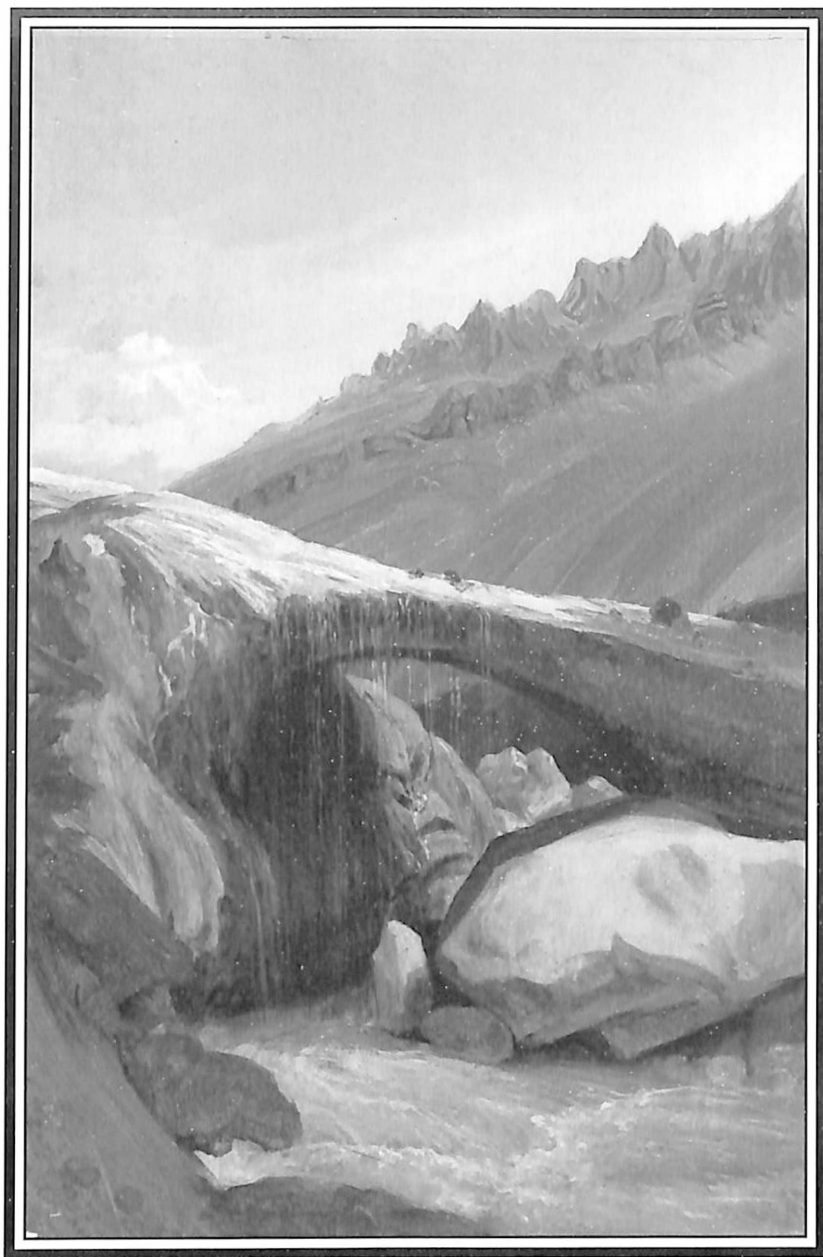
El 2 de marzo de 1838 Krause y Rugendas, ya más recuperado, emprendieron desde San Luis la vuelta a Mendoza, donde permanecieron hasta el 26 del mismo mes. El cruce para retornar a Chile lo hicieron por el paso del Portillo argentino, cuando habían caído ya nevadas tempranas. De ese viaje quedaron algunos dibujos de Rugendas, que llevan conocidos nombres de parajes como Manantiales, Guardia del Portillo, Volcán Tupungato; tal vez también exista el registro escrito llevado adelante por Krause, olvidado en algún archivo lejano.

Rugendas había acariciado la idea de visitar a los indios cercanos a San Carlos para seguir completando su obra pictórico-etnográfica sudamericana. De esos días de convalecencia en Mendoza y en un ambiente en que las conversaciones sólo giraban en torno a los últimos malones perpetrados por los indios surgió la idea de pintar una gran saga referida a las cautivas, tarea que realizó a su retorno a Chile en 1838, dando color con los pinceles al poema que pocos meses antes Esteban Echeverría había publicado del otro lado de los Andes.

El soñado viaje a Buenos Aires lo realizaría varios años después y por el largo viaje marítimo del cabo de Hornos. Esta vez no lo acompañó su amigo, el joven Krause, quien por entonces había retornado a Europa. En ese último viaje por Buenos Aires, Montevideo y Río de Janeiro, el lenguaje de Rugendas será entonces exclusivamente pictórico, sin las palabras de los relatos con que lo acompañara Krause en su primera incursión por la Argentina federal.

RESUMEN

La presente nota sobre los fragmentarios textos de Roberto Krause ("Travesía en Mendoza y estada en los Andes en 1938", "De Mendoza a San Luis de la Punta", traducidos y publicados por Albert Haas en la revista Fénix) intenta incorporarlos al corpus de relatos de viajeros extranjeros que cruzaron la Cordillera y pasaron por Mendoza en la primera mitad del siglo XIX. A tal efecto reafirma su autenticidad y autoría a través de distintas fuentes alemanas y argentinas. Dado que su valor aumenta por tratarse de una travesía compartida y sufrida por el famoso pintor Juan Mauricio Rugendas, se propone un futuro estudio del texto de R. Krause sobre el cruce de los Andes poniéndolo en estrecha relación con la vasta obra pictórica conservada de Rugendas al respecto. Sus resultados alcanzarían valor interdisciplinario. Finalmente la atención se centra en la descripción de la Mendoza del año 1838, del río Desaguadero y la travesía del desierto, la breve estada en San Luis y la sociedad que los puebla.



Roberto Krause. *El Puente de Inca (Die Inka-Bruecke)*

Óleo sobre cartón 40,6 x 30,5 cm - Fecha: 5 de enero 1838.

Pertenece a la colección "J.M. Rugendas" del museo "Staatliche Grapische Sammlung", Munich (Alemania).



Juan Mauricio Rugendas. *Calle en Mendoza*. Dibujo.

Fuente: Gertrud Richert. *Johan Moritz Rugendas*.

Berlín, Rembrandt-Verlag, 1959.